

## *Proceso a los economistas*, Roberto Petrini, Alianza Editorial, 2010

Este libro es un juicio a los economistas. Pero no a todos. El autor no se refiere, claro está, a los miles de economistas que intentan ganarse honradamente la vida en estos tiempos de dificultad en el ejercicio de su profesión, ni tampoco a esa minoría que lleva advirtiéndonos desde hace años de la deriva de un capitalismo incontrolado sometido a una pulsión de muerte. Apunta con el dedo, en cambio, a los economistas que han sostenido teorías disparatadas, a los que han construido paradigmas falsos a mayor gloria de ideologías perniciosas más pasadas de moda que el velón de cuatro luces, a los que sostienen que la economía está por encima de la sociedad y de las personas, a los que han tomado decisiones contrarias al interés general, a aquellos que falsean deliberadamente informes sobre los que se sostienen después decisiones políticas y sociales especialmente dañinas, a los que desempeñan cargos de gran responsabilidad en el mundo académico, empresarial o de las finanzas y que nada hicieron para evitar la crisis y, también, a los que se han lucrado a costa del engaño y del empobrecimiento ajenos. En pocas palabras, el autor enjuicia a la élite del pensamiento económico oficial, que ha ejercido un poder de persuasión tan grande sobre la política y la opinión pública que la actual crisis resulta incomprensible si no se tiene en cuenta su influencia perniciosa.

Roberto Petrini presenta, como si fuese un fiscal, media docena de cargos contra esos economistas. Los acusa concretamente de haberse equivocado en las previsiones, de haber perdido el contacto con la realidad, de creer demasiado en el dios mercado, de tener demasiado poder, de ser incapaces de comunicar sus ideas e intenciones y, por último, de haber abandonado el espíritu crítico.

La obra consiste en el desarrollo de cada una de esas acusaciones para que la ciudadanía conozca bien los cargos que se presentan contra los inculpados.

### **Primer cargo: yerran las previsiones**

El ejemplo más escandaloso, aunque no el único, lo ofrecen los economistas del FMI. No previeron la crisis, cuando la crisis se desencadenó le restaron importancia y cuando se descontroló no supieron articular ninguna explicación comprensible sobre lo que estaba pasando, excepto la retahíla de recomendaciones dañinas de siempre: privatizar, rebajar salarios, perdonar impuestos a los ricos, destruir las relaciones laborales, olvidar que el paro es el principal problema y sustituirlo por la obsesión del déficit y la inflación, deteriorar o destruir los servicios públicos, y así un largo etcétera.

Tampoco se quedan atrás la Reserva Federal, el Banco Central Europeo o el Comisariado Europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, que cometieron el mismo pecado. Sonrojó hoy leer las declaraciones de Simon Johnson (economista jefe del FMI) o las de Alan Greenspan, Ben Bernanke, Jean Claude-Trichet o Joaquín Almunia cuando opinaban en 2008 sobre la crisis

Si tal miopía fue grave, peor aún es que la mayoría de estos caballeros, a pesar de su incompetencia manifiesta, sigan desempeñando cargos de enorme responsabilidad en las mismas materias en las que fracasaron, desde los que, además, aún se atreven a dar consejos. Pongamos algunos ejemplos de tal trayectoria y proceder, jalonada por el disfrute continuo de elevados y ubérrimos destinos. Empecemos por Rodrigo Rato,

Director Gerente del FMI en vísperas del colapso financiero, que fue acusado por una auditoría interna de haber ejercido la autocensura en el organismo que dirigía, todo con el propósito de esconder una crisis que ponía en entredicho su profesionalidad y su ideología. Tras abandonar el FMI fue recompensado con el cargo de Director Gerente de Inversiones del Banco Lazard, después con el de Consejero del Banco de Santander y, finalmente, con el de Presidente de la antigua Caja Madrid, con una remuneración en esta última entidad absolutamente escandalosa. Sigamos con Simon Johnson, que sigue desempeñando sus cargos académicos en la Universidad, imparte conferencias y escribe libros en los que se presenta como experto en crisis, si bien ha matizado algo sus puntos de vista con el paso del tiempo. Añadamos los casos de Ben Bernanke, Jean Claude-Trichet y Joaquín Almunia que, después de haberse “equivocado” decenas de veces continúan disfrutando de sus cargos. Y terminemos con Alan Greenspan, ya retirado por razones de edad de cualquier responsabilidad ejecutiva que, a cambio de unas minutas insultantes, da conferencias por todo el mundo en las que les dice a los gobiernos qué es lo que tienen que hacer para salir del lío que él mismo provocó. Como suele decirse, hay quienes siempre caen de pie.

Según Petrini, la absoluta incapacidad de los economistas para prever y explicar correctamente la crisis puede deberse a tres causas: el desconocimiento de la realidad económica, la utilización de un paradigma comprensivo ideológico (neoliberalismo) que es causa del problema que se pretende abordar o, simplemente, el engaño doloso. La última hipótesis, la de la gran mentira, cobra cada día verosimilitud y a demostrarla dedica John R. Talbott, ex banquero de Goldman Sachs, su libro titulado *Las 86 mentiras más grandes sobre Wall Street*. Hay un argumento muy poderoso a favor del embuste precisamente porque va más allá de las declaraciones bochornosas que hicieron los economistas del aparato cuando fueron sorprendidos por la crisis: es la absoluta falta de respeto con la que trataron a los colegas disidentes que, acertadamente, advirtieron los peligros. Contentémonos con dos ejemplos entresacados de una multitud: Nouriel Roubini fue vilipendiado repetidas veces por el *Financial Times* y acusado por muchos otros medios del sistema de ser un cenizo y un aguafiestas, o el trato recibido por David Blanchflower en el Banco de Inglaterra o los comentarios que dedicaban sus “colegas” a Robert Schiller a raíz de la publicación en el año 2000 de su libro titulado *Exhuberancia irracional*.

### **Segundo cargo: han perdido el contacto con la realidad**

Desde que triunfó el paradigma neoliberal, la economía se ha llenado de matemáticas que hacen incomprensible el mensaje de los economistas incluso para los propios economistas. Aquí la relación entre ideología y discurso es evidente.

Todo parte de la doctrina neoclásica o marginalista, cuyo mayor exponente fue León Walras (1834-1910). Esta teoría se construyó con el fin de combatir el socialismo. Para hacerlo había que demostrar que la teoría objetiva del valor, defendida por Marx (y por toda la Economía Política desde Adam Smith) era falsa, por lo que había que construir una teoría del valor alternativa. La escuela neoclásica tenía que demostrar una suposición absurda: que el sistema de libre mercado y la competencia es el mejor posible ya que su posición natural es el equilibrio. Pero para alcanzar el equilibrio, al menos sobre el papel, era necesario introducir un artificio teórico: la teoría subjetiva del valor. Según este paradigma, en una economía cada utilidad individual es una función personal (la utilidad marginal) elaborada por un cerebro racional, millones de utilidades

son millones de funciones y esas ecuaciones muestran el equilibrio de todo el sistema. Por tanto, queda demostrado, supuestamente, que bajo ciertas condiciones (que nunca se dan en la realidad) las crisis son imposibles, no hay paro, no hay ciclos económicos, los precios son justos, no hay pobreza, no hay monopolios, no hay burbujas especulativas y la sociedad utiliza siempre toda su capacidad productiva para producir del modo más eficiente sin intervención del Estado. En resumen, capitalismo perfecto y puro. Esta teoría, que es un madrigal del capitalismo, no puede ser más engañosa. Sorprende que esta escuela del pensamiento económico, tan endeble intelectualmente, haya desplegado una hegemonía incontestable desde hace unos cuarenta años, y que haya contado con economistas galardonados con las más altas distinciones como Milton Friedman, Robert Lucas, Myron Acheson y Robert C. Merton (estos dos últimos, inventores de los nefastos derivados). Pero claro, cuando las ideas se ponen al servicio de especuladores y financieros avariciosos, por muy disparatadas que sean, tienen éxito aunque conduzcan finalmente a un desastre colosal, porque en el ínterin habrán generado enormes ganancias a aquellos que las sostienen, las divulgan y las utilizan.

Quizás ahora se entienda mejor lo que pasó. Para sostener el capitalismo había que reducir el comportamiento humano a un sistema de ecuaciones, proponer un hombre que no existe y presentarlo todo del modo más incomprensible. La complejidad expositiva, por otra parte, tenía sus ventajas: es verdad que condenaba a los economistas al autismo, pero también era una eficaz barricada que les protegía de las críticas de los profanos, al menos al principio. En resumen, ocurrió que para justificar el *capitalismo realmente existente* hubo que inventar un *capitalismo imaginario* que se llenó de fórmulas matemáticas, mejor cuanto más abstrusas. Dicho un tanto burdamente, se apagó la luz para que no se viera la suciedad.

Si el paradigma dominante tiene todos estos inconvenientes, las estadísticas a él asociadas son cualquier cosa menos inocentes. Por ejemplo, es un lugar común sostener, tal y como nos indican las cifras oficiales al uso, que el gasto social en EEUU es menor que el de Suecia. Pero si se tienen en cuenta las deducciones y reducciones fiscales norteamericanas y lo que se devuelve al fisco sueco en forma de impuestos y tasas de la parte previamente distribuida, los datos de ambos países se aproximan mucho. No así, en cambio, la calidad de los servicios sociales que se prestan en ambos países. Igual cuidado hay que tener con las mediciones de la inflación, el PIB y el déficit, o con los índices de competitividad o de libertad económica. Por si no fuera suficiente con todo lo anterior, hay que mirar con lupa las relaciones falaces que se establecen entre variables económicas que forman parte del acervo de errores comunes de nuestro tiempo, como la establecida en la curva de Phillips entre salarios e inflación. En resumen, puede afirmarse que muchas veces se mide lo que interesa, se mide del modo en que conviene y lo que se mide se relaciona adecuadamente para que encaje.

Y si la medición no es ingenua, tampoco lo es el lugar hacia el que se proyecta la luz del análisis. Bastará con dar un ejemplo. Hay un sector de la economía que es cada vez más importante, que domina países enteros y que infecta a muchos otros, del que nada se sabe porque no se quiere averiguar: la economía criminal. En esta porción cada vez más grande de la economía mundial se mezclan especuladores, defraudadores, terroristas, traficantes de personas, de drogas o de armas, paraísos fiscales, dinero ilícito, gobiernos y reguladores cómplices, bancos y sociedades de inversión cooperadoras, bufetes de abogados a sueldo y demás flora y fauna del crimen contemporáneo. La economía legal está cada vez más influida por la economía criminal, de modo que el desconocimiento

de la segunda, además de ser una temeridad, deteriora nuestra comprensión de la primera, si bien esto no parece importar demasiado.

### **Tercer cargo: han creído demasiado en el dios mercado**

Uno de los arquetipos de economista oficial que es diana de las críticas de este libro es Alan Greenspan, Presidente de la Reserva Federal desde 1987 hasta 2006. Nombrado por republicanos y sostenido por demócratas y republicanos durante casi veinte años, su responsabilidad al frente de la banca central norteamericana coincide con el auge, esplendor y miseria del capitalismo especulativo.

El principio económico de Greenspan, más bien dogma, es muy simple: el mercado es bueno y el Estado es malo, de donde se deduce que las innovaciones financieras de los mercados son, en principio positivas. Los mercados se autorregulan, tienden al equilibrio y en ellos se cumplen las expectativas racionales, de modo que se comportarán mejor cuantas menos interferencias sufran. Además, según Greenspan es posible controlar la incertidumbre futura y el mercado proporciona las herramientas para lograrlo. No extraña que el presidente de la Reserva Federal, si creía todas estas vaciedades, ni viera la crisis ni la entendiera cuando le estalló en las narices.

Pero la figura de Greenspan no flotaba en el vacío. Tuvo antecesores muy influyentes que hicieron posible que un hombre como él, con ese perfil intelectual, llegara al Banco central de los EEUU. Entre los antecedentes intelectuales de Greenspan figuran Von Hayek (enemigo de Keynes), Von Mises, Milton Friedmam, Arthur Laffer, Jude Wanniski, Robert Nozick y Ayn Rand, por citar sólo algunos nombres. Todos ellos desplegaron una incansable actividad desde una pléyade de *think tanks* como la *Hoover Institution*, la *Heritage Foundation*, la *Mont Pelerin Society*, etc... (la FAES del PP es una pieza más en esta densa red, muy bien situada, del *agitprop* neoliberal). El dogma de todos estos autores no podía ser más simple: el mercado es libertad, el Estado es esclavitud, los impuestos (que fundamentalmente deben pagar los ricos) son un robo, las leyes no deben tener más objeto que proteger la vida y la propiedad privada, el rico lo es porque se lo merece y el pobre también. Para estos apologistas del mercado todo lo demás es, por descontado, pura abominación. Tres factores se unieron para elevar estos disparates y convertirlos en ideas hegemónicas, dando lugar a lo que se llamó pensamiento único: la estanflación de finales de los sesenta y principios de los setenta, el ascenso del conservadurismo y la llegada al poder de Reagan y Thatcher en EEUU y Gran Bretaña.

La fortaleza de estos economistas y pensadores fue pareja a la debilidad de sus oponentes, aunque algunos hubo que sostuvieron en solitario la llama de la crítica: los más relevantes, Joseph Stiglitz (premio Nobel en el año 2011) y Paul Krugman (laureado en el 2008). Su oposición a la ideología económica imperante les costó algún que otro disgusto. Por ejemplo, Stiglitz tuvo que abandonar su cargo en el Banco Mundial en 1999. Hoy, por efecto de la crisis, su voz se escucha con más claridad, al igual que la del resto de los críticos, aunque su influencia sigue siendo minúscula.

Fue tan hegemónica la influencia del pensamiento único que las crisis que se sucedieron en el mundo capitalista desde 1987, una cada tres años, y que fueron el anticipo de la *Nueva Gran Depresión* que hoy sufrimos, pasaron desapercibidas y fueron explicadas como fenómenos molestos y accidentales: crac de Wall Street de 1987, crisis de 1990 de

los bonos basura y de las cajas de ahorros de EEUU en la que se declararon insolventes 130 de ellas, crisis de 1994 que fue un anticipo del crac de las hipotecas basura, crisis de 1997-98 de los países del extremo oriente y del fondo de alto riesgo *Long Term Capital Management*, y crisis especulativa del año 2000 de las empresas *puntocom*.

Además, en este ambiente de casino abierto las 24 horas y de globalización sin reglas, las empresas de la economía material acabaron contaminadas por el virus de la economía financiera. A este respecto, Petrini cita a Luciano Gallino, autor de un libro titulado *L'impresa irresponsabile*, en el que se explica con claridad el proceso. Según Gallino, con la globalización los beneficios empresariales comenzaron a caer y las empresas buscaron recuperar los márgenes por la vía de la reducción de los salarios, las deslocalizaciones y el empeoramiento de las condiciones laborales. A ello añadieron una nueva opción, planteada por Milton Friedman en 1962 en su obra *Capitalismo y libertad*: maximizar el valor para los accionistas. Esto significaba que las empresas se olvidaban de sus balances y ponían la atención en el valor de sus acciones. Con este cambio de perspectiva los objetivos elementales de la actividad empresarial dejaron de ser importantes. Ya no se trataba de innovar la forma de producir, de invertir para aumentar la productividad, de mejorar bienes y servicios, de ganar cuotas de mercado y de crear puestos de trabajo pensando en el largo plazo. Lo sustancial pasó a ser remunerar a los accionistas en el tiempo más breve posible y con la mayor cantidad de dinero. Los directivos que lo lograban recibían primas astronómicas y los accionistas aplaudían, mientras que las empresas, al haber abandonado su razón de ser, se marchaban a otros lugares, se despiezaban o se hundían despidiendo a millones de trabajadores.

#### **Cuarto cargo: tienen demasiado poder**

Los economistas que han inspirado el funcionamiento de la economía durante las últimas décadas tienen conexiones muy importantes con el mundo de la alta política, de las grandes empresas, de las multinacionales y de los bancos. A un economista neoliberal le resulta mucho más fácil hacer una buena carrera profesional que a un economista crítico, de ahí su abrumadora presencia en todos aquellos órganos, públicos y privados, en los que se ejerce el poder. Estos economistas son parte del entramado que defienden, lo son porque lo defienden y van a seguir defendiéndolo porque se identifican con él, aunque tal cosa lleve a la sociedad a la ruina. Puede que entre sus filas se produzcan deserciones, pero la mayoría de ellos viven atrincherados en sus palacios de cristal, a la espera de que la crisis amaine.

Existen suficientes ejemplos de economistas oficiales que han ocupado cargos de responsabilidad política, para después pasar a la banca privada y, de nuevo, dar el salto a la política, sin que se les aplicara en ningún momento una cláusula prudente de incompatibilidad. El caso más escandaloso es el de Mario Draghi, que a comienzos de los años ochenta fue consejero económico del Ministro de Economía y Hacienda italiano, después fue Director Ejecutivo del Banco Mundial, en 1991 dirigió el Tesoro Italiano, entre 1991 y 2001 fue Presidente del Comité de Privatizaciones italiano, entre 2002 y 2005 fue responsable del sector de estrategias europeas de Goldman Sachs (cuarto banco de inversión del mundo), posteriormente Gobernador del Banco de Italia y, a partir del 1 de noviembre de 2011, será Presidente del Banco Central Europeo para desgracia general.

La trayectoria de Draghi muestra la colusión grosera y casi delictiva que se consiente entre lo público y lo privado en las más altas cimas del poder económico. Cuatro décadas de embrutecimiento neoliberal han logrado que pase inadvertida la aberración de dejar en manos de personas contaminadas por los intereses privados la defensa del interés público. Lo que no se permitiría en un juicio de faltas se tolera cuando hablamos de la élite económica en el poder. Como suele decirse, hoy el zorro vive en el gallinero.

### **Quinto cargo: son incapaces de comunicar**

Donald N. McCloskey, economista, filósofo de la ciencia y estudioso del lenguaje de la Universidad de Iowa, es muy crítico con aquellos colegas que abusan de un lenguaje enrevesado tras el que se esconde según su opinión, en la mayoría de los casos, la ignorancia o el uso de un método equivocado.

Los economistas oficiales son muy dados a contar de un modo incomprensible lo que pasa en el mundo de la economía. Como lo que ocurre en la economía afecta decisivamente a nuestras vidas, resulta que este oscurecimiento en las explicaciones provoca que no seamos capaces de interpretar una numerosa sucesión de hechos que condicionan nuestra existencia. Así, permanecemos desarmados y convertidos en víctimas propiciatorias del experto que dice entender a la perfección lo que no es capaz de explicar con claridad. Paradójico. Y si el experto se equivoca, nunca lo sabremos, porque podrá cambiar una opinión completamente incomprensible y falsa por otra que tampoco entenderemos y que seremos incapaces de juzgar. El lenguaje abstruso, como forma de estar a salvo de la crítica, rinde su servicio al poder. Es como la misa en latín o los diálogos de Mariano Ozores. Cantinflear en una sola palabra.

Además, un lenguaje complicado permite, según Paul Krugman, ocultar un pensamiento banal. Habría que añadir también que permite pasar de matute una falsedad, un error o una propuesta absolutamente intolerable.

Sobre el uso del lenguaje existen varios prejuicios en los que se han amparado los economistas y que, hasta hace bien poco, les servían de cortina ante la mirada y el juicio del gran público: a) se cree, erróneamente, que hablar de manera enrevesada y oscura es sinónimo de un pensamiento profundo, cuando lo realmente profundo es hacer accesible y claro lo que es complicado. Poca profundidad demuestra el que explica embarulladamente lo que en el fondo es fácil; b) se piensa, también equivocadamente, que hablar de manera oscura es más difícil que hacerlo de manera llana y concisa, cuando en realidad es más fácil hablar embrolladamente que hablar con claridad, sobre todo porque lo primero demuestra que no se ha pensando bien lo que se dice o que no se domina la materia de la que se pontifica tanto como se presume.

### **Sexto y último cargo: dejaron de soñar**

Los grandes economistas del pasado tenían grandes ideales. Los economistas actuales, en cambio, se contentan con defender a su cliente. Esa es la razón por la que son incapaces de expresar ideas nuevas, hacer planteamientos atrevidos, romper con un paradigma nocivo y falso o hacer una crítica original superadora y original. La conclusión es evidente: hay que buscar la nueva economía fuera de los círculos de la economía convencional.

Concluye Petrini esta última acusación con un párrafo que no me resisto a citar:

*“...mientras los premios Nobel persiguen, con sus ecuaciones, la piedra filosofal de una economía equilibrada y sin obstáculos, una multitud de círculos alternativos y de estudiosos heterodoxos construye nuevos caminos y movimientos. Mientras millones de parados pueblan las calles de Occidente, los economistas parecen dar palos de ciego.”*

La obra de Petrini termina con dos adendas: un resumen de las 89 mentiras de Wall Street desveladas por John R. Talbott y una ramillete de frases que han pronunciado algunos economistas oficiales al calor de la crisis, que leídas hoy parecen sacadas de un programa de humor.

Emilio Alvarado Pérez  
15 de octubre de 2011